

«LA HORA DE LA ESTRELLA»
O LA VIDA Y LA MUERTE INACABADAS

Isabel Zerpa Albornoz¹
Isabelza4@hotmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 18 de febrero de 2013

Fecha de aceptación: 23 de julio de 2013

RESUMEN

El trabajo se centra en el análisis de **La hora de la estrella**, la última novela de Clarice Lispector, a partir de algunas de las reflexiones generadas en el *Curso Mujeres, literatura, arte y otros lenguajes I y II*. La ansiedad autoral reflejada en la creación literaria y en el desarrollo del personaje Macabea, protagonista de la historia, forman parte del entretreído de esta novela, desarrollado a través de la voz de un narrador masculino, quien nos presenta una densa reflexión sobre la vida y la muerte.

ABSTRACT

This article focuses on the analysis of **La Hora de la Estrella**, Clarice Lispector's last work. It has been inspired on the discussion derived from the *Women, Literature, Art and other Languages I and II postgraduated course*. The writer's anxiety reflects on the literary creation and development of Macabea, main character story and protagonist, making part of the novel interweaving. All this developed through the voice of a male storyteller that presents us a deep thought on life and death.

Palabras claves: el oficio de escribir, personaje, narrador/a; vida, y muerte

Keywords: the writer's job, literary character, storyteller, life and death

1 Docente de la Escuela de Educación, Directora del Centro de Estudios de la Mujer de la UCV y tesista del Doctorado de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV.

La *hora de la estrella* es la última novela escrita por Clarice Lispector. Para el análisis de la misma, me dedicaré por una parte, a la experiencia del oficio de escribir desarrollado por la autora a través de un narrador masculino y, por otra parte, me centraré en Macabea, la protagonista de esta novela, que se revela progresivamente en el entretejido de las reflexiones de su narrador, Rodrigo S.M, quien como veremos más adelante, se asume como un personaje más del relato que nos cuenta. Para el desarrollo del análisis me basaré en los aportes de las críticas feministas: Simone De Beauvoir, básicamente en algunas de las reflexiones planteadas al final de la segunda parte de *El Segundo Sexo* (1949), correspondientes al subcapítulo *La mística*, donde Beauvoir alude a la experiencia del compromiso, la entrega y el abandono que deben tener las mujeres escritoras para trascender; en Hélène Cixous, específicamente en los aportes al análisis de esta novela en su trabajo titulado *La risa de la Medusa* (1995); y en algunas de las reflexiones desarrolladas por Julia Kristeva en la entrevista realizada por Mauro Libertella (2011) sobre psicoanálisis y literatura. Finalmente y tomando en cuenta la necesidad de resaltar la experiencia del oficio de escribir, me detengo en los diarios de Cesare Pavese, en los cuales hace teoría literaria, publicados después de su muerte bajo el título *El oficio de vivir* (2009).

En *La hora de la estrella* (1977-2011), percibimos que para trascender en el mundo de la literatura y de las artes en general, es necesario echarse el mundo sobre los hombros y sufrir el desarraigo en soledad, como decía en 1949 Simone de Beauvoir. Esto es logrado por Lispector en esta novela, en la que refleja la experiencia vivida por muchas mujeres, no sólo en América Latina, sino en todos los países del mundo, pues Macabea, su protagonista, es reflejo de una realidad universal del desamparo: «Como la nordestina, hay millares de muchachas diseminadas en chabolas, sin cama ni cuarto, trabajando detrás de mostradores hasta la estafa...» (Lispector, 2011: 16).

Clarice Lispector nos presenta la angustia del/la narrador/a y sus propias búsquedas como escritora, al utilizar como coartada a un narrador masculino. Veremos progresivamente cómo la vida y la muerte interactúan en un bloque de significaciones a través de un relato breve, de profunda densidad, y que, tal como lo señala Helene Cixous: «Como todas las más grandes obras, la de Clarice Lispector es iniciación humilde e incesante asombro y, a la vez, lección para el lector. Reeducción del alma. La obra nos reintegra a la escuela del mundo» (Cixous, 1995:158).

A continuación me detendré en el análisis de algunos aspectos específicos relacionados con esta iniciación y con este asombro.

De la construcción del personaje, del relato y del oficio de escribir

Esta historia tiene la particularidad de ser relatada por un narrador hombre, creado por una escritora que siempre narró como una mujer y quien desarrolla un monólogo interior para construir el personaje de Macabea, protagonista de la novela. La primera parte de la novela tiene lugar en el contexto de las meditaciones del narrador Rodrigo S.M, quien además se identifica como un personaje más:

El relato - decido con falso libre arbitrio - va a tener unos siete personajes y yo soy uno de los más importantes, está claro. Yo, Rodrigo S. M... Así que experimentaré contra mis costumbres, una narración con principio, medio y gran final, seguido de silencio y de lluvia que cae» (Lispector, Ob. cit.: 15)

A través de la creación de la historia de Macabea, conocemos la experiencia de su narrador, Rodrigo S. M. y nos adentramos en las preguntas sobre la construcción del personaje:

¿Por qué escribo sobre una joven que ni aun tiene pobreza con adornos? Tal vez porque en ella hay cierto recogimiento y también porque en la pobreza de cuerpo y de espíritu toco la santidad, yo, que quiero sentir el soplo de mi más allá. Para ser más allá. Para ser más que yo, pues soy tan poco... (Ibid.:22)

Percibimos en la voz del narrador/a la presencia de la autora, agudizando la revisión de su quehacer, su oficio cotidiano de escribir: Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo; estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo por mi desesperación y mi cansancio, ya no soporto la rutina de ser yo, y si no existiese novedad continua que escribir, me moriría simbólicamente todos los días (Ibid.:23)

El narrador asume el oficio de escribir desde su soledad y desde su propio desamparo: «Los hombres a quienes llamamos grandes, son aquellos que –de una manera o de otra- han cargado sus espaldas con el peso del mundo» (Beauvoir, 1949:501). Diríamos que en el texto que nos

ocupa la autora es una mujer, que en la voz de un narrador masculino, nos plantea las situaciones límites, las grandes preguntas, las de la vida y de la muerte, las del cansancio y del hastío. Con esta carga y con esta pesadumbre, nos habla Rodrigo, S. M. sobre la construcción del personaje:

Pues la mecanógrafa no se quiere bajar de mis hombros. Ahora mismo compruebo que la pobreza es fea y promiscua. Por eso no sé si mi relato va a ser... ¿a ser qué? No sé nada. Todavía no me he animado a escribirlo (...) es que realmente no sé lo que me espera, tengo un personaje en ebullición entre las manos, y se me escapa a cada instante, con la pretensión de que yo lo recupere. (Lispector. Ob. cit.:23)

El/la narrador/a avanza en la construcción del personaje de Macabea, sin abandonar sus propias reflexiones, por al contrario, más bien profundiza en ellas: «ella vive tan sólo, aspirando, aspirando y aspirando ¿Pero por qué me siento tan culpable? Y procuro aliviarme del peso de no haber hecho nada concreto en beneficio de la muchacha» (Ibíd.: 24). Tal como si vaciara su propio ser en esta elaboración del personaje, como si se reconstruyera a sí mismo/a en este proceso de descripción previa de Macabea, antes de que ella aparezca en acción. Necesita justificar su personaje, es preciso hablar del ímpetu y de la necesidad de creación de Macabea, del sentir que fluye en sí misma hacia su personaje: «Sufro por ella. Y sólo yo puedo decirle así: ¿qué habrá que me pidas llorando y yo no te de cantando?» (Ibíd.: 23). Creación que requiere de un estilo y de una técnica específica para ser construido, pero Rodrigo S.M va más allá de la técnica y del estilo literario, incorporándose a sí mismo:

La cuestión es empezar de golpe, así como yo me echo de golpe al agua gélida del mar, para enfrentar con una valentía suicida el frío intenso. Ahora voy a empezar diciendo que... ella era incompetente para la vida... Sólo de una manera vaga se daba cuenta de una especie de ausencia que tenía de sí en sí misma (Ibíd.: 25)

A través de esta particular manera que tiene Clarice Lispector de transformar las palabras en imágenes contundentes, en un relato breve pero de una compleja estructura formal, nos vemos en una mirada múltiple, en relación con nosotros y con nosotras mismas, pero espejeándonos en relación con las otras personas, tratando de ubicarnos en un espacio y en un tiempo específicos, o por el contrario, en un no lugar, en un no tiempo, tal como lo hace Rodrigo S.M. El / la narrador/a alcanza tal compenetración con Macabea que se intercambia con ella, logrando mirarse en el mismo

espejo y además desarrolla este proceso de creación y de identificación con el personaje, como un artista plástico que dibuja en el lienzo una figura y va construyendo emociones a través de diversas y certeras pinceladas. Rodrigo S.M, en la construcción del relato, no sólo nos cuenta una historia, sino que además hace teoría literaria, habla de su vinculación con la realidad y la representación de la misma a través del lenguaje, de la construcción de lo figurativo y del placer de la creación artística y, además, nos habla de la necesidad de disciplina, para captar la esencia, el alma de su personaje:

Veo a la norestina mirándose en el espejo y... en el espejo aparece mi cara cansada y barbuda. Hasta ese extremo nos intercambiamos... Lo que ocurre es que de pronto me fascinó lo figurativo: creo la acción humana y me estremezco. También quiero lo figurativo tal como un pintor que sólo pintase colores abstractos querría demostrar que lo hace por gusto, y no por saber dibujar. Para dibujar a la chica tengo que dominarme, y para poder captar su alma tengo que alimentarme con frugalidad de frutas... (Ibíd.: 23)

De esta manera, el narrador/a nos va hablando de su personaje. Comienza de pronto, «de golpe»; construyendo en el lenguaje, ese sentir de la ambivalente soledad, del desarraigo, a través de la ironía más dura «Le faltaba habilidad para ser hábil». Hélene Cixous, (1995) al referirse a *La hora de la estrella* nos dice que Macabea no es sólo un personaje de ficción, es como un grano de arena en el ojo de la autora y éste a su vez provoca un mar de lágrimas. Esta novela es, al mismo tiempo, la historia de un personaje y un espacio relevantes para preguntarse por el sentido de la vida, para preguntarse por el quehacer del narrador/a y del autor, de la autora. «Ese libro se pregunta: ¿qué es un autor? ¿quién podría ser digno de ser el autor de Macabea? Ese libro nos susurra: ¿acaso los seres que viven en una obra no tienen derecho o al autor que ellos necesitan? « (Cixous, Ob. cit: 163). A todo ello, agreguemos la experiencia laboriosa y comprometida de la escritora, la que logramos conocer en la voz del/la narrador/a:

He aquí que ahora, al poner estas palabras sobre la norestina, me siento receloso. La pregunta es: ¿cómo escribo?... ¿Mis antecedentes como escritor? Soy un hombre con más dinero que quienes pasan hambre, cosa que de alguna manera hace de mí una persona deshonesto. Y sólo miento a la hora exacta de la mentira. Pero cuando escribo no miento. ¿Qué más? Sí, no tengo clase social, marginal como soy... No, no es fácil escribir. Es duro como partir roca (Lispector, Ob. cit: 20)

Continúa pues, Rodrigo S. M. en sus meditaciones sobre la creación del personaje, de Macabea, la protagonista de esta novela:

De una cosa estoy seguro; este relato tratará de algo delicado: la creación de una persona íntegra, que sin duda, está tan viva como yo. Me he ocupado de ella, pues sólo puedo mostrarla para que ustedes la reconozcan en la calle, al verla caminar con su flacura flotante (Ibíd.: 22)

En *La hora de la estrella*, Lispector nos lleva de la mano a una experiencia que nos sumerge en espacios de interiorización, tal como si asistiésemos diferentes momentos de meditación. Lo hace desde la dedicatoria, donde ya nos pone en contacto con un relato de reflexiones profundas, con aspectos filosóficos y religiosos, con la vida y con la muerte que penden de un hilo, acercándonos en una primera instancia, al encuentro con una mujer escritora que nos presenta un relato desde la visión de un narrador masculino y, a la vez, construye un personaje protagonista femenino que es Macabea, una joven pueblerina del nordeste de Brasil que llega a Río de Janeiro, cargada de su propia inocencia y de todas las discriminaciones propias de ser mujer, con el peso de quien está sola y desamparada en un espacio cosmopolita que se come a los más débiles de un sector muy vulnerable en la sociedad, poseyendo en sí misma, el secreto de la mayoría de las vidas privadas de todas las mujeres o de casi todas las mujeres de su condición social y económica y descrita por la autora de la siguiente manera:

Era tan insignificante como una idiota, sólo que no lo era. No sabía que era desventurada. Era, porque tenía fe... Ella había nacido con malos precedentes y ahora parecía una hija de un no-sé-qué con aire de pedir disculpas por ocupar un espacio... Nadie la miraba en la calle, ella era café frío (Ibíd.: 26-27).

Una escritora creando un narrador masculino que se hace preguntas al tiempo que ejerce la función metalingüística de la comunicación, haciendo teoría literaria:

Todo eso, sí, el relato es el relato. Pero sabiendo antes, para no olvidarlo jamás, que la palabra es fruto de la palabra. La palabra tiene que parecerse a la palabra. Alcanzarla es el primer deber para conmigo. Y la palabra no puede ser adornada y artísticamente vana, tiene que ser sólo ella (Ibíd: 21).

Pero este ejercicio metalingüístico no significaría nada si no estuviese acompañado de un desnudamiento del/la narrador/a: «La acción de esta historia tendrá como resultado mi transfiguración en otro y mi materialización al final en objeto» (Ídem).

Podríamos decir con Julia Kristeva, al referirse a la creación literaria (2011), que el texto y la experiencia van juntos: «hay dos momentos en el acto creativo, pero finalmente esos dos momentos son uno solo y suceden de un modo simultáneo. La técnica es inseparable de esa transformación íntima, personal» (En Libertella: 2011)

Desde la primera página titulada *Dedicatoria del autor* y luego en paréntesis (*En verdad, Clarice Lispector*) nos encontramos con una especie de desdoblamiento donde hablan simultáneamente la autora y el narrador:

Me dedico a la añoranza de mi antigua pobreza, cuando todo era más sobrio y digno, y yo no había comido langosta (...) Sobre todo me dedico a las vísperas de hoy y a hoy (...) a todos esos profetas del presente y que me vaticinaron a mi mismo hasta el punto de que en este instante estallo en: yo. Ese yo que son ustedes, porque no aguanto ser nada más que yo, necesito de los otros para mantenerme en pie, tonto que soy, yo torcido, en fin qué hacer sino meditar... Medito sin palabras y sobre la nada. Lo que me confunde la vida es escribir (Lispector, Ob. cit.:9)

Clarice Lispector, la autora de la historia de Macabea, ha planteado preguntas trascendentes a través de su protagonista en *La pasión según G. H.*: «Dame tu mano desconocida que la vida me está doliendo y no sé cómo hablar, la realidad es demasiado delicada, sólo la realidad es delicada, mi realidad y mi imaginación son más pesadas» (Lispector, 1964-2010:43) y ahora, en *La hora de la estrella*, el narrador Rodrigo S. M, también pide la mano amiga desconocida que pueda apoyarlo para dar respuestas a las mismas preguntas sobre la vida y la muerte. En la dedicatoria, la autora que nos presenta al/la narrador/a, va más allá de la reflexión sobre el proceso creativo-literario; nos acerca a una manera de trascender en la literatura y en relación con el otro y nos vincula con la meditación sobre esta búsqueda.

Meditación que nos envuelve en toda la novela porque, como afirma Cixous (1995), Clarice Lispector es la verdad de este autor, pero como

toda verdad se mantiene en secreto y permanece incognoscible. Es un yo torcido, un yo en búsqueda, un yo que tuerce el lenguaje, un yo que busca una coartada para expresarse en la literatura desde un narrador masculino. Otra vez Lispector, pide la mano amiga, la voz acompañante, la actitud de escucha cómplice que responda en este oficio de escribir: «Respuesta que, espero, alguien en el mundo me dará. ¿Ustedes? Es una historia en tecnicolor, para que tenga algún adorno, «por Dios, que yo también lo necesito» (Ibid: 10)

Me pregunto mientras redacto este artículo, cuál podría ser esa culpabilidad de la escritora: ¿narrar una historia donde la esperanza predomine y la fe pueda salvar a Macabea, la muchacha triste y desgarbada, protagonista de este relato? Cixous responde de la siguiente manera:

...fue necesario que Clarice Lispector hiciera un ejercicio sobrehumano de desplazamiento de su ser, de transformación, de distanciamiento de sí misma, y el resultado es algo absolutamente notable: en su caso, lo más diferente posible, era pasar al masculino, pasar a ser hombre. Paradójico paso. Así para aproximarse a esta casi mujer, en el texto vemos como (Clarice) yo hace días que no se afeita la barba, no juega a fútbol, etc. Yo pasa a masculino y eso la empobrece... Pero como en todas las obras de Clarice Lispector, es un movimiento bueno, una especie de ascetismo, un modo de frenar algo de gozo para alcanzar una alegría extraña (Cixous Ob. cit: 167)

Continúa Cixous, refiriéndose al narrador/a de *La hora de la estrella*: «nadie podría hablar de su protagonista, sólo un hombre con sus características podría, hablar de ella; si lo hiciera una mujer escritora lloriquearía blandengamente». Enunciado que harían los machistas, que lleva a otras consideraciones por parte de Cixous, vinculadas con algunas de las preguntas que nos hemos planteado en el curso *Mujeres, literatura, artes y otros lenguajes*: ¿existe una literatura femenina? ¿quién o qué determina si un texto es escrito por una mujer o por un hombre? En este caso, según Hélène Cixous: «¿quién es el autor del autor? Quiero decir: Quién hace al autor?» (Ibid: 168). Cixous dice que lo que sucede al autor/a es una situación de demasiada complejidad, donde es necesario preguntarse ¿quién soy yo?, ¿quiénes son yo en un mismo momento? Y en este proceso tienen lugar las transformaciones del ser, del ser persona, de ser escritor/a, las metamorfosis. Hasta considerar en una de sus conclusiones que un Yo responde por Clarice: «una mujer

quizás hubiera sentido piedad... Y la piedad no implica respeto...La piedad es deformante, es paternalista o maternal, barniza, recubre, y lo que Clarice Lispector pretende aquí, es desnudar en su minúscula grandeza, a ese ser» (Id).

Vemos, pues, la deconstrucción de un/a narrador/a, en la búsqueda de sí mismo/a: «Pensar es un acto. Sentir es un hecho. Los dos juntos son yo que escribo lo que estoy escribiendo... Mi vida más verdadera es irreconocible, interior en extremo y no tiene palabra que la signifique» (Lispector, Ob. cit: 13). Vemos nuevamente a Clarice Lispector en la voz del/la narrador/a, quien no sólo se coloca el mundo sobre los hombros, sino que se ubica en el interior del relato, vaciando su propio ser, como si desde el ánfora de su propia esencia se derramara, desconstruyéndose a sí misma en la experiencia de la escritura que la hace trascender, convirtiendo su oficio de narrador/a en una experiencia casi mística. Julia Kristeva dice sobre el quehacer literario:

Para producir un texto hay que cuestionarse entero: la manera de sentir, la sexualidad, el lenguaje. Y desde este punto de vista se trata de una experiencia, pero no en el sentido de un científico que hace un 'experimento' con los conejillos de India para buscar un resultado, sino como cuestionamiento de lo antiguo y posterior surgimiento de lo nuevo. Se parece más a la experiencia mística, si se quiere. Es una experiencia personal que va a contracorriente del mercado y de la comunicación (En Libertella: 2011).

Clarice Lispector, en la voz del narrador Rodrigo S.M, va más allá todavía al cuestionar la experiencia de la literatura, relacionándola con la vida y con la muerte, y contrasta esta búsqueda del lenguaje en ese fluir interior de búsquedas más elevadas y espirituales, con la aspiración de conectarse con el placer terrenal, con la libertad, con el desenfado, con la tierra mojada, con las alegrías y las certezas cotidianas, tal como pudiera ocurrirle a algunas personas que se saben cercanas o piensan en la muerte:

Estoy absolutamente cansado de la literatura; sólo la mudez me hace compañía. Si todavía escribo, es porque no tengo nada que hacer en el mundo mientras espero la muerte. La búsqueda de la palabra en la oscuridad. El acontecer menudo me invade y me deja en la calle. Quisiera revolcarme en el barro, apenas controlo mi necesidad de bajezas, la necesidad de juerga y del peor gozo absoluto. El pecado me atrae, lo prohibido me fascina... (Lispector, Ob. cit.:66)

Cesare Pavese también habla de este cansancio, refiriéndose a la proximidad de la vejez; pero en su caso se trata un cansancio que más bien añora el regocijo espiritual que produjo en él, la literatura en otros tiempos:

Entre los síntomas que me advierten que se ha acabado la juventud, el mayor es darme cuenta de que la literatura ya no me interesa de verdad. Quiero decir que no abro ya los libros con aquella viva y ansiosa esperanza de cosas espirituales que, a pesar de todo, sentía antes... pero no recibo ahora como antes, las distintas experiencias con entusiasmo, no las fundo ya en sereno tumulto pre poético... (Pavese 1952 / 2010: 56)

Pavese habla de su pasión por los libros «pero los libros no aman, como hace en cambio la esperanza de creación» (Id). Para él, como para Lispector, el acto creativo supera lo cotidiano, supera la técnica y el estilo pero sin prescindir de ellos. Sólo la esperanza de creación nos salva; es aquí donde radica el espacio amoroso, en la esperanza del acto creativo. En Lispector, el proceso de creación se corresponde con una experiencia de entrega, de compromiso con la literatura y, al mismo tiempo, constituye un acto de desnudamiento, decantación de su propio ser, se van dando las muertes cotidianas en diferentes momentos y cada hecho creativo consumado, muere para dar lugar de nuevo a la vida. En *La hora de la estrella*, este compromiso de la autora y este desnudamiento se incorpora cuando el/la narrador/a habla de la necesidad de buscar espacios para la soledad, en la construcción y vinculación afectiva que va estableciendo con Macabea y en las meditaciones que desarrolla sobre este personaje:

Sí, estoy apasionado por Macabea, mi querida Maca, apasionado por su fealdad y su anonimato total, pues ella no existe para nadie. Apasionado por sus pulmones frágiles, la delgaducha. Yo quisiera que ella abriera la boca para decir:

«Estoy sola en el mundo y no creo en nadie, todos mienten, a veces hasta la hora del amor, yo no veo que una persona hable con otra, la verdad sólo me llega cuando estoy sola».

Sin embargo, Maca jamás dijo frases, en primer lugar porque era parca de palabras. Además no tenía conciencia de sí y no reclamaba nada, incluso pensaba que era feliz. No se trataba de una idiota, pero tenía la felicidad pura de los idiotas...Veo que he procurado dar a Maca una situación mía: yo necesito de unas horas diarias de soledad, porque si no, «me muero»... (Lispector, Ob. cit: 65).

Para Rodrigo S. M. escribir, construir este personaje, desarrollar esta historia, es un vivir y un sin vivir al mismo tiempo. La soledad se convierte en el gran escenario: la soledad para el recogimiento, para la explosión creativa, para sumar las muertes cotidianas en cada frase concebida, en cada acción acometida en la vida simple y rutinaria de Macabea, suspendida en esta expresión: «ella vivía aspirando, aspirando, aspirando». Aspiración que subyace en la inocencia del personaje y en el proceso de creación del/la narrador/a que por un lado se entrega a la creación de este personaje y en otros momentos expresa que está cansado del mismo y de su historia. Rodrigo S. M. necesita hacer pausas para cobrar fuerzas para dedicarse a sí mismo, para retomar nuevamente, los hilos de la vida y de la muerte en *La hora de la estrella*. Como dice Cixous, Clarice Lispector para poder adivinar mejor a Macabea, tenía que alejarse de sí misma y en este sentido, podríamos afirmar al igual que Cixous, que uno de los temas centrales de este relato es «el reconocimiento de la diferencia del otro, pero, constantemente, incitando al sujeto a la posibilidad de ser otro» (Cixous, Ob. cita: 95), lo que vivimos como lectores y lectoras cuando inevitablemente nos sumamos a lo que esta crítica denomina como «el sendero de meditación más duro que podamos tomar al pensar en el otro»(Id)

Entre la inocencia y la certeza Macabea de mis amores

En el mar de preguntas en el que navegamos con Clarice Lispector, me encuentro con Macabea, protagonista de este relato, y me pregunto por el sentido de la vida y de la muerte al mismo tiempo. Me pregunto: ¿cuántas *Macabeas* conocemos? ¿Nos hemos detenido alguna vez en la trascendencia de las mujeres que todas las mañanas, al ver la primera luz del alba, salen a trabajar en legiones anónimas? ¿Nos detenemos a pensar en el sentido de nuestra manera de ser y de actuar en la cotidianidad? ¿Hay algo de Macabea en cada mujer, en cada una de nosotras? Estas preguntas no constituyen una novedad, pero si las vemos a la luz de lo que percibimos en *La hora de la estrella*, nos mueven a ponernos en contacto con la singularidad que su protagonista vive cada día y que el narrador convierte en arte en el personaje: «Nadie la miraba en la calle, ella era café frío...Esa muchacha no sabía lo que era, tal como un cachorro no sabe que es un cachorro. Por eso no se sentía infeliz. Lo único que quería era vivir» (Lispector, *Ibid.*: 41).

Cesare Pavese afirma que el arte de vivir «es el arte de creerse todas las mentiras. Lo tremendo es que no sabiendo qué es la verdad, sí que sabemos lo qué es la mentira» (Pavese, Ob. cit.:86). ¿Será entonces que Macabea de alguna forma sí conocía el arte de vivir, pues en su inocencia creía porque tenía fe? Vivía llena de asombros sumergidos en su inocencia, en su minúsculo universo, lo que se evidencia entre otras cosas en la forma como vivía la experiencia de escuchar Radio Reloj: «Me gusta mucho oír el goteo de los minutos del tiempo que hacen así: tic-tac- tic-tac-tic-tac. Radio Reloj dice que da la hora exacta, cultura y anuncios. ¿Qué quiere decir cultura?» (Lispector, Ob. cit.: 47). Macabea se creía todas las mentiras, las que escuchaba a su novio Olímpico de Jesús; al igual que le creía a la mujer que le echó las cartas, que le dijo que su destino cambiará y encontrará al amor de su vida; le creyó a su jefe que no la despedirá; creyó en la bondad de su amiga Gloria, como creyó desde niña en lo que le decía su tía beata y maltratadora. Macabea triste y desgarrada, creyó en silencio y tenía vida interior y como afirma su narrador/a «tenía una desdicha: era sensual. ¿Cómo puede ser que en un cuerpo tan estropeado como el de ella, cupiese tanta lascivia, sin que ella lo supiera?» (Cixous, Ob. cit.: 58)

A través de la historia de Macabea nos encontramos con la realidad vivida por muchas mujeres, con el abandono y sumisión que soportan en la mayoría de los países latinoamericanos y del mundo entero; nos encontramos con su experiencia de vida en las grandes ciudades, con la explotación socioeconómica, con el desarraigo, con la soledad de muchas mujeres anónimas. Cixous agrega que con Lispector «cada acontecimiento despunta, lo común se abre y muestra su tesoro que es precisamente común. Y de repente, ahí está como un vendaval, como un incendio, un mordisco: la vida» (Cixous, Ob. cit.:158)

Las coartadas del humor y la ironía desarrolladas por Lispector en *La hora de la estrella*, nos muestran a una protagonista frágil, pero con la sabiduría de los seres que no se atreven a pedir más de lo que sienten merecer:

Olvidé decir que a veces, la mecanógrafa sentía náuseas al comer. Eso le venía de la niñez, de cuando supo que había comido gato frito. Se asustó para siempre. Perdió el apetito, sólo sentía un hambre enorme. Le parecía que había cometido un crimen, que había comido un ángel frito, que las alas se le quebraban entre los dientes. Ella creía en los ángeles y porque creía, existían (Lispector, Ob. cit.: 39).

El humor y la ironía están presentes en toda la novela, particularmente en las conversaciones que comparte Macabea con Olímpico de Jesús, por quien es continuamente descalificada, hasta el punto de terminar con ella precisándole: «-Tú Macabea eres un pelo en la sopa. No te dan ganas de comer. Discúlpame si te he ofendido, pero soy sincero. ¿Estás ofendida?» (Ibíd.: 58) A lo que Macabea responde marchándose para no seguirlo escuchando. Hasta la tristeza era cosa de ricos, era para quien podía, para quién no tenía nada que hacer, pues la tristeza sencillamente es un lujo. La tristeza es un lujo, el grito es un lujo, expresarse abiertamente es un lujo, ser auténtica es un lujo. Comer es un lujo, saborear el café es un lujo, hablar de sí misma es un lujo. Todo es un lujo para Macabea y ella tiene la certeza de todo esto.

Clarice Lispector nos presenta la historia de un personaje que representa la miseria anónima, Macabea en Río de Janeiro, donde todo la llena de asombro, donde ella es una absoluta extraña, mostrándonos su vida llena de toda clase de carencias. Macabea es penumbra y luz al mismo tiempo y sólo es capaz de percibir la felicidad cuando un día se queda sola en su habitación, disfrutando del espacio sin sus compañeras de cuarto; del mismo modo que sólo es capaz de percibir la belleza cuando un día escucha en la radio «Una furtiva lagrima», cantada por Caruso y a través de la música adivina que quizá hay otros modos de sentir, existencias más delicadas «con cierto lujo en el alma», que permiten la trascendencia de algunas personas. Macabea en soledad conoce la belleza de la libertad, de ser ella misma, de expresarse ampliamente y a sus anchas:

Ella obtuvo por primera vez en su vida la más preciada de las cosas: la soledad. Tenía un cuarto para ella sola. Apenas si podía creer que dispusiese del espacio. Y no se oía ni una palabra. Entonces bailó en un acto de intrepidez absoluta... Bailaba y bailaba porque al estar sola se volvía ¡ l i b r e ! Disponía de todo, de la soledad arduamente conseguida, de la radio de pilas a todo volumen, de la amplitud de la habitación... Encontrarse consigo misma era un bien que hasta entonces no había conseguido. Creo que nunca estuve tan contenta en esta vida, pensó... (Ibíd.: 40-41)

Macabea se relaciona con otra vida a través de la radio y reafirma que le gusta, incluso habla de la alegría de vivir, en medio de su ingenuidad, de sus diminutos espacios para intercambiar con otros seres humanos y en medio de sus aprendizajes cotidianos: «-Sabes que más aprendí? En

la radio dijeron que hay que tener alegría de vivir. Así que yo la tengo. También oí una música bonita. Hasta me hizo llorar» (Ibíd.: 49). Pero «sólo en la cara estoy triste, porque por dentro me siento alegre. Es tan bueno vivir, ¿verdad?...» (Ibíd.: 50).

Macabea no puede detenerse en la reflexión de ese lugar común que afirma que los ojos son el espejo del alma. Cixous lo llama «tratado de la alegría», el milagro de vivir, y al preguntarse ¿quién puede realmente vivir esa alegría ascética? se responde que sólo Macabea puede hacerlo en medio de su infinita pobreza, a ella sólo le basta con vivir. Podríamos decir sin pretensiones de hacer análisis del sentir popular, que Macabea representa a un sector de la sociedad que afirma que «lo importante es estar vivos» y que de alguna forma se acerca al espíritu conformista de la mayoría frente a la vida; o bien le permite aferrarse a la misma, independientemente de las situaciones límites. Y como hace esa mayoría, utiliza el humor para mejor sobrevivir. Por todo esto, Macabea se mueve en los espacios de las vidas y las muertes cotidianas de muchas mujeres y de la sociedad latinoamericana en general.

Vida que no eres. Muerte que no llegas

*...A veces queremos y creemos alcanzar la inmortalidad y morimos.
Morimos irremediabilmente
a cada instante, en cada deseo consumado (IZA, 1997)*

En el cierre de estas reflexiones sobre *La hora de la estrella* es imposible separar el oficio de escribir de Lispector, el significado del/la narrador/a Rodrigo S.M. y todo lo que representa Macabea. Vida y muerte inacabadas presentes el proceso de creación, en la forma de involucrarse la autora en la voz del narrador/a, en el cansancio agotador que produce el relato en Rodrigo S. M; en el proceso creativo, que es una experiencia vital, de construcción y deconstrucción de quien escribe. «En cuanto a mí, estoy absolutamente cansado. Tal vez de la compañía de Macabea, de Olímpico, de Gloria... Me despersonalizo y me quito de mi mismo como quien se quita la ropa.» (Lispector, Ob. cit.: 67). Pero Rodrigo S. M, echa en falta a Macabea y retoma la historia para construir el final del relato. Todo el recorrido en las últimas páginas, es de una profunda reflexión

que nos permite ver a Macabea en su desnudez y en su grandeza y nos lleva a profundizar en las aspiraciones de Lispector, en la que el deseo consumado del narrador/a está muy vinculado con la experiencia de la vida y la muerte:

¿Pero quién sabe si ella no necesitaba morir? Porque hay momentos en que una persona necesita una pequeñita muerte, sin saberlo siquiera (...) Macabea está suelta en el azar. Podría resolverlo por el camino más fácil, matar a la niña infante, pero quiero lo peor: la vida (Ibid.: 78).

Más adelante, dice Rodrigo S. M: «La muerte es un encuentro con uno mismo» (Ibid.: 80). Y al anunciarnos la muerte de Macabea asume la propia: «Macabea me mató» (Ibid.: 79). Muerte prolongada en la creación del relato, éxtasis en la culminación del mismo: «Ahora entiendo esta historia. Es la inmanencia que hay en las campanas que casi doblan. La grandeza de cada uno» (Ibid.: 81). Pero, ¡al fin! la culminación de la creación, la entrega final donde el/la narrador/a, la autora, puede vaciarse de sí mismo/a. Pavese lo explica muy bien la pretensión del escritor:

Haber escrito algo que te deje como un fusil disparado, todavía sacudido y requemado, vaciado todo de ti mismo, donde no sólo has descargado todo lo que sabes de ti mismo, sino también lo que sospechas y supones, y los sobresaltos, los fantasmas, lo inconsciente, haberlo hecho con larga fatiga y tensión, con cautela de días y temblores, repentinos descubrimientos y el entumecimiento de toda la vida en aquel punto (Pavese, Ob. cit.: 324).

Dónde concluye la vida, cuándo comienza la muerte de Macabea en la cotidianidad del anonimato en Río de Janeiro. Macabea multiplicada e infinita, habitando la gran ciudad de la *macumba*, del bossa-nova y la samba, pero al final, Macabea en el puerto, excluida pero creyente, sentada frente a una cartomántica que le habla del futuro y le da esperanzas a las que responde afectiva y efusivamente: «Sintió de nuevo que su vida comenzaba a ser mejor en ese mismo momento: y qué bueno era besar. De niña como no tenía a quien besar, besaba la pared. Al acariciarla se acariciaba a sí misma» (Lispector, Ob cit.: 75).

Después, cuando ya ha sido arrollada, «en el suelo, parecía volverse más Macabea, como si se alcanzase a sí misma» (Ibid.:77). Macabea en

su soledad, a la hora de su muerte, tratando de alcanzar la vida, abrazándose a sí misma, agarrándose a un pequeño hilo de vida, hasta que en esa última hora siente una náusea profunda y con voz muy leve, pero muy claramente, pronunció una frase: « En cuanto al futuro» (Ibíd.:79). Ese último instante es la hora de la estrella, la ironía mayor de Lispector. Muerte y vida inacabadas en un ser que busca vida y encuentra muerte y resurrección al mismo tiempo. Macabea dice: «hoy es el primer día de mi vida: he nacido» (Id). Lo es «porque en la hora de la muerte uno se vuelve como una estrella de cine, es el instante de gloria de cada uno y se parece al momento en que en el canto coral se oyen agudos sibilantes»(Ibíd.:29). Inicio y fin en la vida de Macabea, contada por Clarice Lispector por la voz del narrador.

Llama la atención la última frase pronunciada por Macabea, instantes previos a la muerte: «En cuanto al futuro». La muerte no es sólo el último momento, asistimos rutinariamente a pequeñas muertes cotidianas y esto forma parte del tema central de esta novela. Y Rodrigo S.M. añade: «Dios mío, ahora mismo he recordado que la gente muere. Pero, ¿y yo también?; No olvidar que pese a todo, estamos en el tiempo de las fresas.» (Ibíd.:80).

Referencias bibliográficas

- Cixous, H. (1979/1995). *La risa de la medusa. Ensayo sobre la escritura*. Anthropos, Editorial de la Universidad de Puerto Rico y Comunidad de Madrid (Serie Pensamiento crítico /Pensamiento utópico, No. 88).
- De Beauvoir, S. (1949/1977). *El segundo sexo*. T. 2 («La experiencia vivida»). Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte.
- Lispector, C. (1964/2011) *La pasión según G.H.* B.Aires, El Cuenco de Plata Latinoamericana.
- Lispector, C. (2011). *La hora de la estrella*. Editorial Siruela
- Libertella, M. (2011). Julia Kristeva: «*Psicoanálisis y literatura son la misma cosa*». El clarín. (Internet). 11 de septiembre. Disponible en URL: http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/julia-kristeva-entrevista_0_589141333.html
- Pavesse, C. (1952/2010). *El oficio de vivir*.